

DESAMORTIZAR EL CAMPO

UN ÁGUILA BICÉFALA SE CIERNE OTRA VEZ SOBRE MÉXICO. Guadalupe Victoria dijo que una se le apareció en Veracruz. La historia no relata si nuestro primer presidente estaba presionado por alguna fragmentación política, presentía la llegada de Maximiliano con su águila austríaca de dos cabezas o había sufrido una alucinación. Lo cierto es que las águilas bicéfalas, reales o imaginarias, han coincidido con cambios históricos aquí y en el mundo. El caso más conocido es el del imperio austro-húngaro, en cuya bandera el águila bicéfala representaba un solo cuerpo político con dos cabezas, cada una mirando hacia los polos opuestos de Constantinopla y Roma. La dualidad contradictoria es la explicación más racional del significado de estas enigmáticas aves que muchas veces aparecen cuando está por cambiar el rumbo de una nación.

Me inquieta algo que creo haber visto desde mi ventana: un águila bicéfala atacando la bandera nacional sobre un cuartel vecino. Trataba de tomar el lugar del águila unidireccional que la bandera tiene en su centro. Ojalá haya sido sólo una visión derivada de mi esquizofrenia y no el presagio de un México crecientemente dividido por dos ideologías divergentes: una arcaica en el sector agrícola y otra moderna en el resto de la economía.

México vive una nueva revolución, silenciosa, tranquila y sin cañonazos —aunque la más profunda de su historia. La mano inexorable de la racionalidad económica, la mano invisible de la economía de mercado, se impone en los sectores industrial, financiero y de servicios. Pero a medio sexenio el gobierno salinista sólo ha realizado media revolución. El sector agrícola sigue frenado por las manos muertas de Zapata y Lázaro Cárdenas. Es tiempo de desamortizar la agricultura y quitar todas las barreras internas a nuestro desarrollo, sean culturales, históricas o derivadas de ideologías anacrónicas.

EL CAMPO MEXICANO: RETO AL MÁS VALIENTE

El campo es nuestro principal problema político y económico, en ese orden. La cuestión básica no es su participación decreciente en el producto interno, fenómeno mundial, sino la desconexión ideológica entre la política agraria y la corriente modernizadora nacional e internacional.

Dios fue parco al hacer México. El 50% del territorio nacional, en el norte, es desértico, el resto en su mayoría montañoso y tanto el agua como las planicies escasean. Lluve sólo la tercera parte del año, en una sola temporada. Por el enorme crecimiento de la población en las dos últimas generaciones hemos sobrecargado la capacidad de nuestra agricultura

para satisfacer la demanda de alimentos. El futuro de la siguiente generación parece precario. Aumentar nuestro ingreso real per cápita exige una agricultura eficiente y una economía industrial exportadora, como las de Japón y algunos países del sur de Asia, que tienen mucha gente y poca tierra. Ambas metas son compatibles y complementarias.

LA INVASIÓN HORIZONTAL DE LOS POBRES

México tuvo un mal siglo XIX. Quedó fuera de las grandes revoluciones agrícola e industrial por los pleitos internos, las intervenciones extranjeras y la mala herencia económica de la Colonia. Pese a lo cual la agricultura mexicana funcionó relativamente bien —aunque el nivel medio de nutrición era bajo. El campo mexicano produjo lo suficiente durante el período del "milagro mexicano" y hasta 1966. México llegó a tener 40 millones de habitantes con agua suficiente y sin los agobiantes problemas ecológicos de hoy.

Pero la estructura agrícola de México no sirve para una población de 90 millones que sigue creciendo y exige niveles de nutrición más altos. Más grave para la estabilidad social es la disparidad de las tasas de crecimiento demográfico: mayor del 3% anual (equivalente a más de 6 hijos vivos por mujer) en el campo comparada con 4 en las ciudades. El campo no puede dar trabajo a tanta gente. Se aceleran "la fuga hacia adentro", hacia la economía informal de las ciudades, y la "fuga hacia afuera" —la emigración. Las tierras fértiles restantes son pocas. La erosión y el desgaste ecológico agravan el problema. México ha llegado a la etapa de rendimiento decreciente per cápita en la agricultura. En el mejor de los casos no será fácil producir lo suficiente para alimentar a los ya nacidos y los por nacer. El reto es grande y el tiempo es poco.

La planificación familiar en el campo es difícil por la dispersión y el bajo nivel educativo de la población, pero sobre todo por la mayor cercanía espiritual del individuo con su iglesia. El estancamiento agrícola ha producido una lenta pérdida de expectativas. Para muchos campesinos es ya claramente imposible obtener una vida mejor sobre la tierra y se vuelve atractiva la promesa de lograrla en el cielo. A ello se debe en gran parte la fuerza del clero en el medio rural. Todo esto ha sido decisivo en la poca fortuna de los programas oficiales para reducir el crecimiento demográfico en el campo. Se ha logrado una baja moderada pero aún insuficiente en las ciudades; en el campo la situación es alarmante.

Estamos perdiendo la guerra entre la libido y la economía. Pese a lo que sostiene Juan Pablo II es dudoso que la pro-

creación ilimitada sea un derecho divino: no es una idea compatible con la visión de un Dios todopoderoso, sabio y bondadoso. Producir hijos por encima del número que la pareja puede sostener y educar crea una carga injusta a los demás y frena la economía. Obliga a terceros a pagar más impuestos y al gobierno a desviar sus gastos hacia la reducción de tensiones sociales en vez de la creación de una infraestructura económica que permita el desarrollo.

Hace sesenta años, en *La rebelión de las masas*, Ortega y Gasset examinó un fenómeno social que llamó "la invasión vertical de los bárbaros". Se refería a la masificación social interna que ocurría en muchos países. Hoy es más realista hablar de la *invasión horizontal de los pobres*, tanto en el interior de los países en desarrollo como en la nueva guerra fría norte-sur.

EL CAMPO: PROBLEMA IDEOLÓGICO

En política, la imagen antecede a la realidad. Nuestra reforma agraria requiere, antes que nada, fomentar en la gente la convicción de que es urgente una neorrevolución de desarrollo y progreso. Vivimos una dicotomía ideológica: por un lado, el México que se moderniza con metas, programas y obras basadas en una economía de mercado, en la iniciativa individual en vez de estatal y en la tecnificación; por el otro, el México agrícola, al que esclaviza un sistema político, financiero y burocrático que impide la modernización.

México resolverá su problema agrícola cuando atraiga la inversión y la tecnología, introduzca una economía de mercado y abandone el paternalismo estatal al mismo tiempo que de autoabasto individual. Hay que propalar la nueva ideología. La modernidad mexicana se crea a diario. Es una forma cotidiana de actuar, no sólo un ideal a largo plazo. Nuestra identidad, suponiendo que tal acepción tuviera sentido en una nación plural, siempre ha estado en el mestizaje y la adaptación. Para progresar es necesario un cambio ideológico, de creencias y de patrón económico, por más que irrite a quienes se beneficiaban del *status quo*. Si el mundo cambia, y con él parte de México, el campo no debe quedar al margen. No podemos suponer que el campesino inmovilizado en su tierra desea seguir siendo campesino y el pobre seguir siendo pobre. Por el contrario, pobres y marginados luchan desesperadamente por dejar de serlo: buscan el progreso, la movilidad vertical y, sobre todo, participar en el crecimiento de los otros sectores de la economía.

Una parte de nuestra economía se moderniza cada hora. Nuevas empresas, más recursos financieros, fusiones y hasta empresarios mexicanos que triunfan en el difícil mercado de Estados Unidos. En cambio nuestra agricultura se ha estancado por siglos. Ha tenido en los últimos años un modesto crecimiento cuantitativo, pero cualitativamente está rezagada y la brecha se amplía ante nuestros ojos.

CONTINUIDAD ECONÓMICA Y MODERNIZACIÓN POLÍTICA

El Banco Mundial lleva más de 40 años de dar créditos y ayuda técnica a muchos países para su desarrollo. De esta experiencia sacó conclusiones muy importantes, presentadas en su informe de 1991. Una es que *las malas políticas son el*

principal obstáculo al desarrollo: destaca el estatismo, el populismo y el antimercadismo (en sus muchas variantes). Otra es que la discontinuidad en los programas y la inconstancia a largo plazo han sido factores negativos. La falta de *continuidad, generalidad y congruencia* son claros, en el caso de México, en los vaivenes sexenales (el sí y luego el no a la nacionalización bancaria, el no y luego el sí a la adhesión al GATT) y en la actual falta de generalidad y congruencia de la política económica nacional.

El programa económico de la administración salinista en los sectores público e industrial, financiero y de servicios, comienza a tener éxito. Se ha ganado el apoyo general y el reconocimiento internacional. Pero está incompleto. Para la agricultura ni siquiera ha esbozado un programa con visos de racionalidad y probabilidades de éxito. El estatismo, el populismo y la retrovisión están siendo barridos por la escoba del neoliberalismo en el mundo y en México —salvo en el sector agrícola. Si la modernización es buena para el México no agrícola también lo será para el campo. ¿Por qué esperar?

AGRICULTURA Y LIBRE COMERCIO

La competencia internacional ya es fuerte. Aumentará con la formación de nuevas zonas de libre comercio y la reducción general de aranceles a través del GATT. No podemos darnos el lujo de usar en forma ineficiente los recursos reales del territorio nacional. Es tiempo de abrir el sector agrícola a la modernidad. Necesita inversión y tecnología, economías de escala y una libre asociación, jurídicamente estable, de los productores entre sí y con quienes se dedican a industrializar, comercializar o exportar sus productos. En una nación con dos ideologías contradictorias es hora de dar el salto a una nación con mentalidad única de progreso. Si logramos hacerlo, bien valdrán su costo los tratados de libre comercio.

EL PRI: ¿PROMOTOR O FRENO A LA REFORMA AGRARIA?

La actitud oficial hacia la reforma del campo es contradictoria. En teoría, todos quieren modernizarlo; en la práctica, algunos políticos temen que la desaparición del ejido y las tierras comunales, como la separación funcional de propietarios y trabajadores de la tierra, hagan que el PRI pierda el control de los votantes rurales. Dicho control le es cada vez más necesario, porque cada vez es menos fácil controlar el voto urbano.

El status vigente conserva pobre al sector agrícola, cuya insatisfacción genera inestabilidad y presiones difusas para el cambio. Pero por otro lado facilita la movilización organizada de los votantes a las urnas. El famoso "acarreo" que ha caracterizado las votaciones mexicanas es fácil en el campo y difícil en las ciudades. En el medio urbano coinciden geográficamente sólo la residencia de los votantes y las casillas de votación, pero no los lugares de trabajo. En cambio en el campo coincide todo: el lugar de trabajo, la residencia de los votantes y las casillas. El "acarreo" es fácil y efectivo el control de los votantes por los líderes campesinos, la burocracia oficial y los caciques locales. El gran número de casillas dispersas dificulta a los partidos de oposición mandar representantes a todas, y es fácil inflar votos donde conviene y desinflar los de los opositores. Como el fraude electoral es más sencillo en el campo que en la ciudad, la tentación de

conservar el sistema ha sido irresistible para los políticos. La antidemocracia tiene como aliados al ejido, la comuna y hasta la pequeña propiedad.

Las elecciones de 1991 demostraron que en México un gobierno puede cambiar de ideología y a la vez ganar votos. La votación a favor del Presidente, del PRI y de su gobierno aumentó considerablemente respecto de los niveles de 1988. Es probable que haya habido algunos fraudes —como en todas las elecciones mexicanas desde que Hernán Cortés en la Villa Rica se autoeligió Capitán General Independiente. Pero es significativo que los resultados globales de la votación coincidieran con los de las encuestas preelectorales (es decir anteriores a cualquier fraude). La magia negra que pudo haber aparentemente fue a nivel local y no federal. En todo caso, la conclusión es que el aumento de la votación en favor del gobierno y su partido coincidió cronológicamente con un cambio radical de ideología y de enfoque económico. Los lemas tradicionales, las invocaciones del pasado, estuvieron ausentes de su campaña. Desestatización y privatización, libre iniciativa y libre comercio, desregulación y desmonopolización fueron los nuevos temas subyacentes, y "solidaridad" fue su bandera. Esta nueva ideología difiere radicalmente de las prevalecientes cuando menos en los cuatro sexenios anteriores. No obstante su drástico reenfoco, el programa general fue bien recibido y aumentó la votación en favor del PRI.

No hay base para suponer a priori que una modernización similar de ideologías en el campo reducirá la votación en favor del gobierno. Por el contrario, si el programa es racional, coincide con las políticas aplicadas en los otros sectores de nuestra economía y además embona con las tendencias globales, es probable que aumenten el apoyo al gobierno.

La racionalidad y el realismo han triunfado sobre los dogmas del pasado en los programas económicos para los sectores industrial y de servicios. Vivimos en ellos una verdadera neorrevolución. Pero en la visión ideológica y la praxis política hacia el campo aún prevalece el dominio de la historia sobre la razón, del pasado sobre el futuro, del romanticismo sobre la realidad. En el campo urge una segunda revolución porque la primera es inoperante en el entorno actual. La Revolución de 1910 tuvo como meta aumentar el nivel de vida de los mexicanos. Hubo grandes diferencias sobre qué camino seguir para lograr este propósito, pero nadie negaba el objetivo. Si hoy queremos ser fieles al ideal de la Revolución Mexicana de mejorar nuestro nivel de vida es necesario usar los conocimientos y los medios de hoy. Ni Zapata ni Lázaro Cárdenas, ni un nuevo Plan de Ayala o de San Luis, ni el ejido ni la propiedad comunal, van a resolver los problemas del campo mexicano. Necesitamos racionalidad y congruencia con nuestra propia economía y con el nuevo contexto mundial.

LA NUEVA GEOPOLÍTICA

Hasta hace poco la visión geopolítica convencional era la de los famosos "tres mundos". El primer mundo de las naciones ricas, industrializadas, con economías de mercado, democráticas y plurales en el pensamiento. Seguía el segundo —de los países socialistas— con niveles de vida más bajos, economías planificadas, ideologías monolíticas, unipartidismo con ortodoxia obligada y nula democracia. Seguía un tercer

mundo de países pobres, rezagados en su desarrollo, infracapitalizados, subeducados y sobrepoblados.

Este tercer mundo, que incluía a México, tenía teóricamente la alternativa de buscar su progreso volviéndose capitalista o socialista. El mundo socialista a la vista de todos cae gravemente herido —no sabemos si de muerte. Víctima de sus propias contradicciones internas, el segundo mundo desaparece y deja de constituir una alternativa real para los países en desarrollo.

LA DECRECIENTE FUERZA POLÍTICA DEL TERCER MUNDO

Cuando todavía existía el mundo socialista como fuerza política, polo ideológico y alternativa económica, los países del tercer mundo podían teóricamente ejercer presión o chantaje sobre el primero con la amenaza de volverse comunistas y aliados de la URSS en su guerra fría. Ni Cuba, ni algunos países centroamericanos ni Perú lograron progresar por este camino. En todo caso el colapso del comunismo ha quitado viabilidad a esta alternativa.

Los países en desarrollo hoy dependemos más de las economías del primer mundo pero, paradójicamente, aumenta el poder de regateo de unos cuantos —entre ellos México. El comunismo servía para arraigar a los habitantes del tercer mundo en sus territorios dándoles la esperanza de lograr el desarrollo económico interno por la vía del socialismo. Esta opción, nunca muy realista, se ha desvanecido para los países pobres. Descartado el aislacionismo, la necesidad lo hace más afines con la ideología de los países desarrollados. Su mala situación económica y la falta de alternativas internas proyectan a sus habitantes hacia afuera. La presión para emigrar al primer mundo aumenta; se intensifica lo que algunos llaman "la guerra fría norte-sur".

En el auge de su imperio los romanos iniciaron el proteccionismo demográfico. Construyeron las *limes*: defensas fortificadas en sus fronteras. Su propósito era conservar la prosperidad interna impidiendo que los "bárbaros" (es decir los no romanos y los pobres de afuera) entraran para crear desempleo. En la nueva guerra fría de hoy los países del primer mundo recurren al proteccionismo demográfico para mantener su nivel de ocupación, prosperidad y, a los ojos de algunos, su pureza étnica. Vemos a Europa Occidental cerrar las puertas a los flujos demográficos de los países ex socialistas y a todos los que despectivamente llaman "los bárbaros del sur". Estados Unidos construye la nueva barda de metal y refuerza todas las barreras físicas, policíacas y legales contra los presuntos emigrantes de México, Centroamérica y el Caribe. Se trata de una nueva guerra sorda entre los de adentro y los de afuera.

LAS NUEVAS NACIONES BARRERA

Ha surgido en la geopolítica un nuevo factor: las *naciones barrera* que son o pueden ser amortiguadoras entre los países más pobres que tienen presiones demográficas agudas y las naciones del primer mundo que representan para ellos la oportunidad más inmediata de conseguir trabajo y mejorar ingresos. México es potencialmente la nación barrera por excelencia. Ocupa un área estratégica entre Estados Unidos, líder del primer mundo, y los países centroamericanos cuyas

poblaciones mayoritariamente quieren emigrar. Por su posición de país barrera, México ha pasado sin darse cuenta de peso mosca a peso completo en las negociaciones con Estados Unidos y Canadá en el Tratado de Libre Comercio. Un México próspero y estable es vital para ellos como línea de defensa demográfica. Tenemos una nueva fuerza potencial, un atractivo más para la inversión extranjera, que podemos aprovechar. Pero es requisito previo convertimos rápidamente en parte de la solución y dejar de ser parte del problema. Además de acelerar los programas para reducir el aumento poblacional, nos urge iniciar la neorrevolución agrícola y acelerar el crecimiento de nuestra economía. Sólo así aprovecharemos la ayuda inesperada que en la nueva geopolítica nos da ser nación barrera.

DOS MÉXICOS, PERO COMUNICADOS

Los "dos México", el moderno y el rezagado, no son mundos paralelos aislados. Están comunicados por la cultura y la idea de nacionalidad; por la propinuidad geográfica y la interdependencia económica, por el "efecto demostración" que las zonas más ricas proyectan sobre las atrasadas y su peligrosísimo gemelo, el "efecto envidia" en las áreas más pobres. Con excepción de algunas zonas realmente marginadas que no tienen comunicaciones o energía eléctrica, llega a los puntos más remotos del país una visión continua de cómo vive el resto de México y lo que pasa en el mundo entero. El derrumbe de barreras entre los dos Méxicos es inevitable. Tarde o temprano la mano invisible que opera en la economía de mercado se extenderá también al México agrícola. Para salir de los dos Méxicos urge un nuevo esfuerzo aglutinador y una aceleración consciente del proceso de integración, antes de que las tensiones políticas lo hagan imposible por la vía pacífica.

Analizar nuestros problemas sin límites ideológicos es el primer reclamo de la modernización. No debe haber áreas vedadas al pensamiento y al cambio. Lo que algunos llaman fidelidad a nuestra historia puede crear murallas infranqueables a la evolución económica y política. Nuestros políticos están tan cargados de historia y demagogia que a veces imposibilitan el tránsito a la modernidad.

LA REVOLUCIÓN SALINISTA

No debemos subestimar la trascendencia de los cambios logrados en el sexenio salinista. Ha obtenido estabilidad financiera y la impresionante reducción de un proceso inflacionario que ya era endémico. Ha restablecido la confianza en nuestra capacidad para crecer. El salinismo está usando la libre empresa, la prudencia macroeconómica, el cumplimiento de los compromisos financieros y la integración a la economía global para impulsar al país hacia la modernidad. Pero el gobierno ha pospuesto deliberadamente la reforma política. Ha dado prioridad al autoritarismo, benigno y justificable si se quiere, para lograr continuidad en el programa de reforma económica. Las virtudes del capitalismo son a largo plazo, pero sus defectos se sienten en poco tiempo. Dicho en otra forma, la "mano invisible" que logra eficiencia en una economía de mercado es inexorable pero lenta. Hay otra "mano invisible": la de la democracia. Lleva implacablemente a los gobiernos hacia una mayor participación ciudadana en las

decisiones políticas. No hay dictadura que dure cien años. La democracia es buena a la larga, moral y jurídicamente inobjetable, pero sobran ejemplos de cómo a corto plazo puede desviar al país por rutas demagógicas que atraen pero hacen inviable el progreso económico.

Un examen honesto del éxito comparativo de los países del primer mundo no deja duda de que la democracia económica, entendida como una economía de mercado, junto con la democracia política, son las menos malas de todas las formas posibles para regular la economía y gobernar una nación. Ambas deben convivir. Pero en un país como México, donde la economía de mercado opera a medias y la democracia es discutible, surge la enorme interrogante acerca de cuál debe tener prioridad cronológica cuando a la corta sean incompatibles. Democracia económica y democracia política deben estar y estarán juntas al final del proceso de desarrollo, pero no siempre son promovibles al mismo tiempo. La modernización económica, el tránsito a una economía de mercado, tiene costos políticos. Salvo altruistas, santos y masoquistas, pocos votarán por la modernización económica, aun reconociendo que será benéfica a la larga, si a la corta implica sacrificios. En el mundo real, la "economía de mercado" suele ser un eufemismo que encubre ajustes, desocupación y adaptaciones.

Establecer simultáneamente en lo interno la apertura política y la apertura económica puede producir discontinuidad en los programas, ingobernabilidad y hasta desintegración social. Las probabilidades de que la apertura económica, aún sin mucha democracia, pueda resolver el gran problema de la pobreza en México son mayores que las de la democracia política sola, por deseable que sea, pueda en poco tiempo acabar con la pobreza estructural.

La transición del estatismo a la economía de mercado, y del paternalismo a la iniciativa personal, tiene costos sociales. A la larga es probable que todos salgamos beneficiados, pero por lo pronto habrá reajustes y rezagos, desocupación y desánimo. Habrá tensiones fuertes si se da la necesaria prioridad a la reforma económica sobre la apertura democrática general. El peligro es ceder a las presiones y reabrir las puertas a los excesos populistas o a las ideologías antifuncionales del pasado. Un autoritarismo presidencial benigno probablemente tendrá que ser, por algunos años, el camino menos malo, quizás el único, para modernizar nuestra economía.

LA LEGITIMACIÓN DE UN GOBERNANTE

Las elecciones federales de 1988 no fueron ejemplo de limpieza. El Presidente Salinas llegó al poder, aun así, con una mayoría exigua y en una situación que hizo a muchos dudar de su derecho a gobernar. Pero en su clásico estudio Jürgen Habermas sostiene que un gobernante se legitima en muchas formas, de las cuales el triunfo limpio en las urnas es una pero no la única. En regímenes no absolutistas como el nuestro también se puede obtener legitimación por liderazgo y resultados. El Presidente Salinas ha ampliado su apoyo por liderazgo, por resultados económicos, por la viabilidad lógica de su programa y su congruencia con las tendencias mundiales. Ha aumentado su fuerza para gobernar. Las elecciones de 1991 le han refrendado el mandato para seguir su programa de reforma económica y extenderlo a otros sectores. En el

momento actual debemos tener en cuenta lo que no dijo Habermas pero que está implícito en su razonamiento: así como la legitimidad se adquiere por resultados, se puede perder por errores de comisión u omisión.

Falta la segunda mitad del sexenio y también la segunda mitad de su programa. ¿Se justifica un neopresidencialismo, o si se quiere un autoritarismo legítimo, para dar tiempo a la "mano invisible" de la economía del mercado? Las opiniones están divididas respecto a la "legitimidad" de posponer la reforma política para dar tiempo a terminar la reforma económica. Considero que este planteamiento es vicioso. En la etapa actual de nuestra historia la reforma económica está operando gradualmente *de arriba hacia abajo*. El gobierno ha dado la imagen, señalado la meta y mueve sus muchas "manos visibles" en esta dirección. La democracia, en cambio, suele proceder *de abajo hacia arriba*. Salvo contadas excepciones, los estados y municipios no gozan de autosuficiencia o autonomía financiera. Por esta realidad no pelagra la autoridad del gobierno federal para proseguir la reforma económica si al mismo tiempo permite que la democracia empiece en los niveles más bajos y suba gradualmente de los municipios a los estados y finalmente alcance los más altos niveles. Lo grave, lo peligroso, es no permitir la democracia ni en los niveles bajos con el pretexto de que esto imposibilitará la continuación del programa económico. La democracia es un árbol que puede crecer tan alto como se quiera, pero sus raíces tendrán que estar siempre en el suelo.

LA AUTODETERMINACIÓN AGRÍCOLA

El derecho a la autodeterminación es uno de los estribillos de nuestros políticos, lamentablemente verbalizado mucho en los foros internacionales y poco en el interior. En el campo las normas históricas y jurídicas existentes niegan este derecho a los agricultores. El sector agrícola necesita corregir su asincronía respecto al resto de México y a Chile, Canadá y Estados Unidos —nuestros socios y competidores futuros en los tratados de libre comercio.

La modernidad exige un solo sistema jurídico para la tenencia de la tierra. Hubo razones políticas, históricas y culturales que nos llevaron al régimen ejidal, a las tierras comunales y a establecer límites al tamaño físico de la propiedad agrícola individual. Ha llegado el momento de reconocer que tanto en México como en el mundo la forma de aumentar el nivel de vida de los campesinos es permitiendo que la economía de mercado determine el uso del suelo y el tamaño de las explotaciones. Así habrá una verdadera autodeterminación en el sector agrícola.

LA RUTA AL CRECIMIENTO

La historia contemporánea confirma que los países pobres sí pueden crecer, y más rápidamente que los países ricos en una etapa comparable de su desarrollo. La principal razón es el progreso tecnológico y la globalización de la economía. A través del comercio internacional y de la atracción de inversiones extranjeras los países pobres de hoy pueden importar los medios (tecnología, bienes e ideas) para que su mano de obra y su tierra sean más productivos.

Entre 1950 y 1989 los ingresos reales per cápita en Asia no

comunista aumentaron a razón de 3.6% al año. En cambio en América Latina subieron sólo 1.2%. México crece hoy a una tasa de 4% anual gracias a la tracción de los sectores no agrícolas. El campo sigue mal. El reciente informe del Banco Mundial sobre desarrollo hace varias recomendaciones para crecer. La primera es *dejar que hablen los precios y que respondan los productores*. Igualmente importante es no distorsionar las voces del mercado con tipos de cambio, tasas de interés y precios artificiales, o con subsidios o inflación.

Si creamos una microeconomía competitiva, logramos una macroeconomía estable, fortalecemos enlaces globales e invertimos en el desarrollo humano, habrá una retroalimentación mutua. Dentro de este panorama encajan dos programas que son especialmente relevantes en el caso de México. El primero es continuar con intensidad el programa de modernización en los sectores industrial, financiero y de servicios. El más importante es lograr la congruencia de la política agrícola con la corriente básica del resto de nuestra economía y con la tendencia dominante de la economía mundial.

LA ECONOMÍA DE MERCADO: UN MUNDO DARWINIANO

La economía de mercado ha demostrado tener muchas ventajas sobre las otras formas de producir y consumir. Es la que da la mayor expectativa de crecimiento y aumento de ingresos, pero es un entorno que no perdona errores y en el cual sobreviven sólo los más eficientes. Esta situación prevalece tanto en la economía global como en la interna de cada país. En todo el mundo la producción primaria agrícola y de materias primas representan una proporción decreciente del producto interno bruto, en tanto que otras áreas de la economía crecen. La industria es hoy la única base perdurable de la riqueza de una nación en crecimiento. No basta transformarnos en más eficientes agricultores y proveedores de materias primas o energéticas para el primer mundo. La modernización agrícola liberará mano de obra, que junto con la de los desocupados, nos da mayor potencial para movernos dentro de la ola de modernización tecnológica. La historia no nos va a esperar.

Habrán problemas de reajuste derivados de la modernización agrícola. Necesitamos programas especiales para suavizar la adaptación y la transición. Hay que absorber en otras actividades la sobrepoblación agrícola y los trabajadores redundantes que puedan ser desplazados con el establecimiento de una agricultura moderna más eficiente. En vez de programas difusos como el de PRONASOL, necesitaremos ciertos programas específicos (podrían llamarse PRONASORB y PRONADAP) para usar nuestra población improductiva en la construcción de la infraestructura que requiere nuestro futuro desarrollo industrial. La experiencia en la frontera norte, donde se han ubicado la mayoría de las maquiladoras, demuestra que no bastan las nuevas industrias y tecnología; hay que establecer los mecanismos adecuados para dar alojamiento a los trabajadores que emigran del resto del país, proporcionarles educación y servicios sociales —adaptarlos y sobre todo capacitarlos específicamente para trabajos de más alto nivel en las nuevas industrias. También habrá que construir más caminos de acceso, basureros, poner agua, luz y drenaje y hacer los arreglos para el control de flujos tóxicos. La población excedente que ya tenemos y los que puedan ser desplazados por

la modernización agrícola nos dan la fuerza para crecer. Debemos usarla. Muchas inversiones nuevas están frenadas, no por falta de recursos o expectativas de ganancia, sino por ausencia de una estructura general de apoyo.

El porvenir de México depende de su capacidad para innovar e invertir, para producir y así asegurar la ocupación y la riqueza progresiva de sus habitantes. Pero es requisito previo evitar el fraccionamiento de la nación. Afortunadamente no hay el peligro de una fragmentación por presiones separatistas de grupos étnicos, culturales o religiosos como los que sufre la URSS. Pero sí hay el que implica la tremenda brecha que existe entre el México moderno y el México agrícola estancado. No es lógico, justo ni deseable que persista una política que divida a México. Recordemos el *síndrome de la telaraña*: cada hilo, cada uno de nosotros, depende de los demás. La prosperidad y el progreso son indivisibles.

SCHUMPETER REDIVIVUS

Kant dijo que "de ese árbol torcido que es la humanidad es imposible sacar una viga derecha". Visión más pesimista no podría haber, pero sorprendería a Kant lo que ha progresado la humanidad desde su muerte. Para mí no hay duda de que los siguientes diez años nos ofrecen una perspectiva sin precedentes para el desarrollo económico. La integración gradual de las economías de todos los países, por difícil que sea, será capaz de hacer a todos partícipes en la tecnología y en la inversión. Nos dará una prosperidad inconcebible en épocas anteriores. Nuestra integración y nuestro desarrollo son en gran parte cuestión de actitud política: liderazgo, congruencia

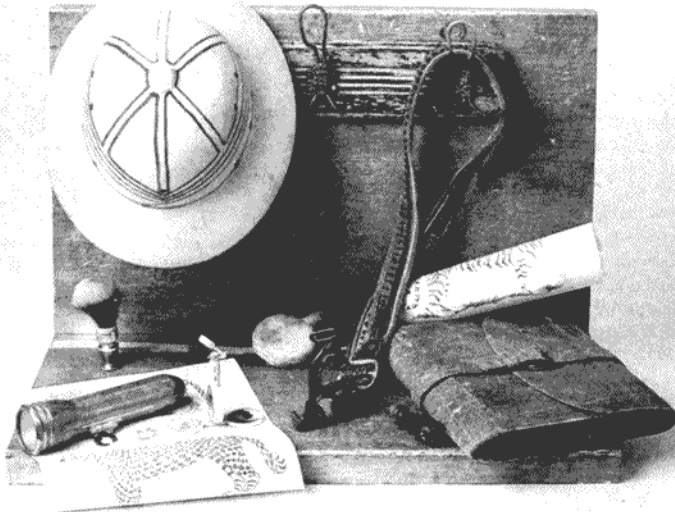
e ideología. La clave del crecimiento es la conciencia de que el desarrollo es posible y de que los individuos son responsables y capaces de lograrlo. Joseph Schumpeter, con su fe en el empresario innovador, ha desplazado a Keynes y a Marx como dios patrono del desarrollo.

Conviene recordar lo que dijo Plutarco Elías Calles el 15 de junio de 1930 en San Luis Potosí:

Si queremos ser sinceros con nosotros mismos, tenemos obligación de confesar, los hijos de la Revolución, que el agrarismo tal como lo hemos entendido y practicado hasta ahora, es un fracaso... ambiciono con todo mi amor de mexicano y con toda mi fe de revolucionario, que el problema agrario toque su fin, no por regresión en los principios, sino por consolidar, de una vez por todas, nuestra economía nacional, en que descansa, digase lo que se quiera, el futuro de nuestra patria.

Palabras prescientes, que a 61 años de pronunciadas deben darnos valor para completar la neorrevolución. El Antiguo Testamento comienza con la interrogante: ¿De dónde venimos? El Nuevo Testamento termina preguntando: ¿A dónde vamos? La respuesta tiene que ser: A donde queramos y podamos. Nuestro planeta es un elemento pasivo del universo, cuyo futuro a lo mejor está en manos divinas. En nuestro territorio y nuestras vidas los mexicanos somos el factor activo. Tenemos la opción de que en busca de ídolos pasados nuestros campesinos sigan transitando por el *Miccaotli*, el antiguo camino de los muertos, o que tomen como el mundo y el resto de la economía nacional la ruta de la modernidad.

Octubre de 1991



Serie: Les blasons du corps masculins. *Son casque*. Jim Corbett's shelf